



33-5-7

**DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL SEÑOR CARLOS SAUL MENEM,
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ARGENTINA, EN LA II SESION DE
TRABAJO DE LA III CONFERENCIA IBEROAMERICANA DE JEFES
DE ESTADO Y DE GOBIERNO.**

Salvador , 15 de Julio de 1993.

**DISCURSO DEL SR. PRESIDENTE DE LA
REPUBLICA ARGENTINA,
DR. CARLOS S. MENEM**

**III CUMBRE IBEROAMERICANA
(15 Y 16 DE JULIO DE 1993)**

SALVADOR, BAHÍA

(Discurso del Sr. Presidente en la IIIa. Cumbre
Iberoamericana)

Señor Presidente de la República Federativa del Brasil, Dr. Itamar FRANCO,
Señores Jefes de Estado y de Gobierno,
Señoras y Señores,
Hermanas y Hermanos de Iberoamérica

Llegamos a este nuevo encuentro de toda Iberoamérica
con el ánimo generoso y solidario con que nuestros
pueblos nutren el abrazo de una historia construída en
común.

Con el espíritu templado por esta tierra brasileña y su
gente entrañable.

Por esta cercanía que une en un lazo de amistad a todos
los pueblos que nutren la savia de Iberoamérica.

Porque cada uno de nosotros, desde el corazón y desde
nuestra esperanza, venimos a pensar y a trabajar juntos
por la dignidad del hombre de nuestras regiones.

No venimos a empezar nada, porque el sendero de nuestras inquietudes y esfuerzos fue ya abierto en Guadalajara y profundizado luego en Madrid.

Pero sí, venimos a compartir la necesidad de responder, con programas concretos y con decisión de ejecutarlos, a las aspiraciones legítimas de centenares de millones de niños, mujeres y hombres que, en nuestra región, reclaman más participación y menos pobreza.

Porque precisan asumir de una buena vez, en la plenitud de sus derechos y potencialidades, su irrenunciable condición humana.

El gran escritor brasileño, Don Jorge Amado, en su libro "Los capitanes de la arena", cantó penas y tribulaciones de lo que hoy el mundo asume como una deuda: los chicos de la calle, como le dicen en mi país.

Quiero que mi presencia, ante esta Honorable Cumbre sea un compromiso hispanoamericano de reabsorción social.

Nuestro compromiso es con la infancia.

Porque los niños merecen un mundo distinto, donde puedan crecer y desarrollarse sin temor, sin dolor.

Porque, como ha dicho Montesquieu, "el fin de la ley es realizar en las sociedades, el orden moral".

Señores,

Ninguna preocupación dominante y colectiva pudo ser mejor expresada que aquella que bien transmite el tema central que hoy nos convoca: el desarrollo, con énfasis en los aspectos del desarrollo social.

En ese concepto global y profundo se encierra, en suma, el destino cabal de la nueva sociedad a cuyo surgimiento podemos y debemos contribuir.

Las respuestas que sepamos dar a ese desafío, serán la medida cierta de nuestra verdadera conciencia sobre la dignidad del hombre.

Será la medida cierta de nuestra responsabilidad por hacer del hombre, el centro de las motivaciones que inspiren nuestra acción de gobierno.

El objetivo que perseguimos, el desarrollo así entendido, es la contracara de una realidad que, lamentablemente, aún persiste en grandes sectores de nuestra población en Iberoamérica.

4

Porque hay todavía pobreza.

Más cierta y visible que la aún escasa solidaridad que las naciones practican para erradicarla definitivamente.

Vivimos un tiempo signado por cambios políticos, económicos y sociales de extraordinaria profundidad a nivel mundial.

Cuyo sentido último para la vida del hombre en las próximas décadas dependerá, en gran medida, de lo que podamos hacer junto a las demás naciones de la Tierra.

Debemos asumir la construcción de una sociedad universal más justa que permita y estimule una mayor participación de todos en el trabajo y en las riquezas que aquel genere.

No aspiramos a un nuevo orden internacional sólo porque haya caducado el antiguo, plagado de graves amenazas y de intolerables opresiones.

Lo hacemos porque el sentido de la historia y nuestra misma realidad de hoy, nos muestran que, en un mundo cada vez más pequeño e interdependiente, es ya imperioso construir nuevas estructuras globales de convivencia y solidaridad.

Nuevas pautas que garanticen una más democrática y equitativa participación del hombre en la sociedad universal.

Un requisito esencial y primero para el desarrollo con contenido social es la libertad.

Debemos asegurar al individuo su más pleno ejercicio porque ello es inmanente a su condición humana.

En lo político, mediante formas democráticas de gobierno y participación social.

En lo económico, dejando espacio para su libre iniciativa y generando condiciones para el comercio sin trabas de los bienes que produzca.

Pero el hombre debe ser libre, también, para crecer y desarrollarse en un mundo en paz.

Donde la ausencia de conflictos sea algo más que una simple alternativa estratégica de las políticas de poder.

Debe ser una resultante no sólo de la progresiva conciencia internacional sobre los beneficios de la paz, sino también, del esfuerzo de todas las naciones por construir un sistema de relaciones mundiales equitativo y democrático.

Respetuoso de los derechos de cada pueblo a ser y crecer de acuerdo a sus capacidades y competitividad.

Porque la paz no se hace con sólo reducir o eliminar las armas.

Sino que requiere, fundamentalmente, de un orden de justicia que impida el surgimiento de tensiones y violencia.

De una activa solidaridad dirigida a reducir la brecha creciente entre mucha pobreza y mucha riqueza.

Los pueblos y las naciones están desarrollando en todo el planeta, esfuerzos de asociación regional de vastas proyecciones.

Como ejercicio natural de convivencia y en procura de mejores condiciones para su crecimiento y prosperidad.

Estos procesos de integración, como ha sido el caso de nuestra América, sólo encuentran su fuerza y razón de ser cuando la democracia y la paz son ya valores comunes entre quienes se asocian.

Y cuando se comparte entre todos el mismo objetivo de querer, legitimamente, participar en las decisiones mundiales en un pie de igualdad con otros países o grupos de países.

Esa lucha nuestra por crecer y participar es, en definitiva, dentro de cada sociedad y en la relación entre los pueblos, una lucha por alcanzar y consolidar el auténtico desarrollo humano en los campos político, económico, social y cultural.

Para ello, precisamos mejorar y expandir la educación.

Dar a todos, condiciones mínimas de salud.

Propender al desarrollo de las ciencias y facilitar el acceso a las modernas tecnologías.

Pero más allá de estos instrumentos esenciales y primarios de cualquier proyecto de desarrollo nacional, necesitamos, todos, de un mayor diálogo y cooperación solidaria entre las naciones ricas y pobres.

Una vía de comunicación que permita dar contenido real y de largo plazo a un auténtico programa mundial de crecimiento económico con acento en lo social.

Hermanos de Iberoamérica,

La cooperación que estamos hoy profundizando entre nuestros pueblos, apunta en esa dirección.

Porque compartimos similares angustias, necesidades y sueños.

Queremos democracia.

Porque nuestra esencia es la libertad y sin ella, nada importa ni es posible.

Queremos paz.

Queremos integrarnos, pero abiertos al mundo.

Queremos sociedades más justas y solidarias.

Capaces de llevar una lucha frontal y conjunta para desterrar el hambre y la pobreza de nuestra región.

Queremos asegurar al hombre el ambiente que haga posible su vida.

Situarlo en la naturaleza y no por encima de ella.

Nuestra tarea no es otra que la de contribuir con nuestro esfuerzo a la construcción de un mundo mejor.

Donde el ser humano pueda encontrarse a sí mismo en plenitud de dignidad y destino.

El pueblo argentino, junto a nuestros hermanos de Iberoamérica y a todos los demás pueblos del mundo, no retaccará su esfuerzo y cooperación permanente para asegurar que aquellos objetivos sean posibles.

Nuestro esfuerzo solidario tendrá la misma fuerza de nuestra fe.

Nuestra búsqueda, hará posible la realización de las utopías.

La realización de una historia compartida, donde todos, seremos protagonistas.

Muchas gracias.